

XXIII

Sonaron unos pasos ligeros en la habitación inmediata y apareció Nastia en el dintel de la puerta, encarnada, sonriente, y con el majestuoso aspecto que le daba un magnífico vestido de moaré antiguo.

—Espérame, dijo Sergio desde lejos; es menester que entremos juntos.

Nastia se detuvo y con la mano enviaba puñados de besos á su abuela y á su hermana, que no se atrevía á moverse temerosa de que conocieran sus recientes lágrimas.

—Anda deprisa, dijo Nastia volviendo la cabeza hacia el sitio por donde debía llegar su marido; me muero de impaciencia y si tardas un minuto, entro sola.

Se oyó el ruido producido por las espuelas de Sergio y al aparecer cogió la mano de Nastia y ambos fueron á arrodillarse á los pies de su abuela. Esta se levantó para bendecirlos y darles el pan y la sal.

—Bienvenidos seáis á vuestra casa bajo la protección del Señor, dijo gravemente; y después, tendiéndoles los brazos, añadió: abrazadme, hijos míos. ¿De dónde venís?

Nastia se echó á reír.

—¡Pst! exclamó, poniéndose un dedo en los labios; es un secreto que mi marido me ha prohibido decir.

—Ya lo sabrá usted, abuelita, dijo Sergio; pero no de momento. Es un secreto.

—¡Seal dijo sonriendo la abuela. Jugad al escondite mientras eso os distraiga.

Oghérof entró y colmó de atenciones y galanterías á su cuñada, á quien llamaba expresamente señora Averief Nastia no contestaba cuando la llamaban por este nombre, y el príncipe reía á carcajadas. Nunca se conoció una alegría tan grande en el comedor de aquella casa. Hasta los criados más antiguos se quedaban sorprendidos.

—¡Qué encanto! dijo la señora Averief aprovechando un momento de calma; esto me rejuvenece.

—Todos los días será lo mismo, abuelita, dijo Sergio; y cuando tengamos hijos, ¿a ver á usted.

Marta no pudo resistir tampoco á este arrebatado de alegría contagiosa. Sentía el dolor de lo irreparable, pero en el fondo de su conciencia experimentaba el íntimo gozo que le producía poder amar á quien había menospreciado.

En esta disposición de ánimo entró en su casa. El príncipe, como de costumbre, se había ido á las nueve.

Marta se acostó y aquella noche durmió profundamente

Sonó que estaba paseando por la misma avenida desde la cual estuvo esperando á Miguel el día de su cumpleaños, y que éste venía á su encuentro, radiante, transfigurado. Ella le tendió la mano y Miguel dijo:

—No; soy un sueño; mis manos son rayos de sol que no se pueden tocar; pero estaré aquí siempre y las flores de vuestro jardín no se marchitarán nunca.

Cuando se despertó al día siguiente, conservaba todavía el recuerdo de su sueño, y aunque la realidad no correspondió á la ficción, la vida le pareció más alegre que antes. Empezó á vestirse sin prisas y cuando bajó al comedor se encontró á su marido que almorzaba.

Paulina llegó un poco después; esperaba siempre á que la princesa estuviera en el comedor para entrar ella, pues estos minutos los aprovechaba para sus observaciones. Por lo general, su aparente interés no disminuía ante la manifiesta indiferencia de Marta, pero aquella mañana, la indiferencia de la princesa le pareció más desdeñosa y despreciativa que nunca. Sin dar á conocer sus impresiones empezó á almorzar como un pájaro que pica acá y allá los granos diseminados.

—¿Sabes á quién ví ayer, Marta? dijo de repente el príncipe. A Pablo Averief, que iba con una niña muy bouita. Los encontré en una confitería.

Paulina se quedó desconcertada y con el teneor en el aire.

Se había olvidado de Pablo y de su hija en el ardor de sus nuevas combinaciones. ¿De modo que estaban en San Petersburgo y la niñera no le había dicho nada, ni le había escrito, ni había ido á verla? Contuvo su indignación y esperó conocer la respuesta de Marta.

—Sí, la conocí en casa de la señora Averief, dijo la princesa; por cierto que es una niña encantadora. Es hija suya.

¡Su hija!... Paulina sintió una especie de choque interno parecido al de un ariete demoliendo una fortaleza. Estaba Marta tan tranquila y hablaba con un tono tan natural que la institutriz le dirigió una mirada. La princesa removía el té con la cucharilla, sin aparentar la menor emoción.

—Pues no sabía que tuviera Pablo ninguna hija, dijo el príncipe; pero si me parece que no es casado! ¡Tal vez sea viudo! Yo tenía entendido que era su hermano Miguel quien tenía un hijo natural; recuerdo que se habló algo de eso un tiempo.
hace alg

—Pura calumnia, respondió la princesa con la misma dulzura de voz y la misma tranquilidad en el rostro; algún mal intencionado hizo correr ese rumor para perjudicarlo.

—¿Para perjudicarlo? dijo el príncipe. ¿En qué?

—Tal vez para impedir que se casara. Vaya usted á saber...

—¡Oh! dijo el príncipe alzando los hombros.

Le pareció su mujer muy ingenua, aunque, después de todo, como mujer, tenía razón. A él no le hubiera impedido casarse, ni un niño ni veinte.

—Luego la niña, ¿es de Pablo?

—Sí, el señor Averief me dijo ayer que su hermano Miguel le llevó la niña á Mentón, cuando murió la madre.

—Sí, sí, tengo un recuerdo. ¿De modo que fué Miguel quien condujo á la niña? Estaría bien en su papel. Me parece estar viéndolo convertido en nodriza.

Oghérof soltó la carcajada y Marta también. Paulina al ver que era la única que permanecía seria, empezó á reír de un modo seco y nervioso. Lo princesa se volvió hacia ella.

—¿Está usted indispueta. Pau ina? le dijo.

—¿Yo, princesa? no... ¿Por qué?

—Porque se rie usted como si fuera á darle un ataque de nervios.

—No, no, me encuentro muy bien.

—¡Mejor, dijo Marta con acento desdeñoso, y se volvió hacia su marido á quien dió media docena de encargos.

Paulina salió del comedor, se puso el sombrero y el abrigo y alquiló un drojki por horas. Se hizo conducir á la oficina de direcciones en donde se enteró del número y calle en que vivía Pablo Averief, y cuando llegó allí, penetró en la cocina por la escalera de servicio y preguntó por la niñera.

Esta apareció en seguida y sin demostrar mucha sorpresa condujo á Paulina á su habitación. El señor Averief acababa de salir con su hija y la ocasión era excelente para hablar.

— No me parece mal! dijo Paulina con voz patética; os saco de la nada, os procuro un sueldo con el cual no podíais soñar nunca, os doy una casa en donde os tratan bien y en la cual tendrá usted una pensión si sabe usted cumplir, y me hace usted traición, á mí, á su bienhechora, á su paisana! ¡Ah, Margarita, eso no está bien! vuestro primer deber no era el de haberme prevenido este regreso inesperado?

—Dispéñeme usted, señorita Paulina... dijo la niñera interrumpiendo aquel discurso que amenazaba ser interminable.

Margarita se había afinado con el roce de la gente bien educada, y sus gestos y sus palabras, si no muy distinguidas, eran, por lo menos, bastante correctos.

—Dispéñeme usted, señorita Paulina... siguió diciendo, está usted hablando de beneficios y de traiciones y he de contestarle; es verdad que á usted debo mi entrada en esta casa, pero don Miguel y don Pablo son mis verdaderos bienhechores, don Pablo sobre todo. Cuando me encargó usted que le escribiera todo lo que pasara en nuestra casa, no sabía yo lo que era ser ama de gobierno, y consentí. Pero después, cuando he comprendido que hacía muy mal contando á personas ajenas, las interioridades de mis amos, que tan buenos son para mí...

— ¡También yo he sido buena para usted...

—Es verdad, señorita. pero su bondad me exigía, como compensación, una cosa que yo considero no ser buena, mientras que mis señores son excesivamente amables conmigo y no me piden, en cambio de ellos, mas que el cumplimiento de mi deber.

—¡Luego reniega usted de su bienhechora! ¡Le hace traición! ¿No le da vergüenza ser ingrata?

—Puesto que, por desgracia, he de hacer traición á alguien, prefiero no cometerla con los que no me piden nada malo y se portan bien conmigo sin interés alguno.

—¡Ingrata! exclamó Paulina.

—Prefiero ser ingrata con usted que no con el señor Averief, dijo Margarita levantándose.

Paulina salió con la hiel en los labios.

XXIV

Mientras Paulina Hopfer efectuaba tan desgraciada visita, la princesa había salido á dar un paseo en trineo. El espectáculo de la nieve inmaculada calmaba los ímpetus de su reprimida cólera.

Desde la noche anterior estaba absorta en una idea fija y no había querido pensar en Paulina, pero la presencia de la institutriz había levantado una tempestad en su alma. Esa era la miserable que con fines desconocidos había inventado y esparcido la calumnia contra Miguel; esa era la que diluyendo á sabiendas un poco de verdad en multitud de fábulas, los había separado para siempre.

—¡Y con qué objeto?—se preguntaba febrilmente la princesa.—¿Qué motivos de odio puede tener esa miserable contra nosotros?

Marta no podía sospechar que hubiera gente que pagara con odio los beneficios recibidos, y

que para ciertas almas viles el deber del reconocimiento constituye una constante humillación.

Pero aunque lo hubiera comprendido, su sentimiento sería análogo, pues el horror que le inspiraba Paulina había llegado al colmo. Durante aquella mañana pudo Marta conservar su sangre fría, pero ¿podría siempre tener el mismo imperio sobre sí misma?

—Es necesario—se dijo;—la señora Averief sabe ciertamente á qué atenerse y ella vendrá en mi ayuda sin que tenga yo necesidad de pedirlo.

Este razonamiento, sin embargo, no la convenía. El buen parecer, las conveniencias sociales, la absoluta necesidad de velar por su honra y por la de su marido, la certidumbre de que si despedía á Paulina, ésta para vengarse sería capaz de mezclar el nombre de la princesa Oghérof con una de esas invenciones calumniosas de las que algo queda, todo eso hacía que no pudiera resignarse á volver á ver á esa vibora, hablar con ella y mostrarse indiferente.

Marta hubiera querido aplastarle con los pies, como se hace con un insecto, y apartar en seguida la vista de tan repugnante espectáculo.

La princesa dió una vuelta por las Islas sin encontrar la tranquilidad de espíritu que apetecía. Cuando el cochero le preguntó á dónde quería dirigirse, una idea súbita se le ocurrió á Marta.

—Toma el camino de la orilla del río y pasa por delante de nuestra antigua casa de campo—dijo.

El trineo avanzó por la carretera desierta; el caballo undía sus patas en la nieve que en algunos sitios le llegaba al vientre; corpúsculos de nieve revoloteaban al rededor del trineo, y un polvo impalpable de agua helada se fué depositando en el vestido de la princesa.

¡Qué poco se parecía esta carretera á aquella que tomó con su marido cuando el día de la boda dejó la casa paterna! Ni las azules aguas del río brillaban al contacto del sol, ni los altivos sicómoros ostentaban su verde follaje; la nieve, de un metro de espesor, cubría los jardines y las zanjas, dejando entrever solamente algún que otro zarzal ó el obscuro remate de una empalizada.

En el extremo de una curva de la carretera, apareció la casa en donde celebró su boda. Estaba habitada; en las ventanas se habían puesto cortinas, un sendero abierto en la nieve conducía á la puerta principal; el patio estaba perfectamente limpio y una columna de humo blanco salía de la chimenea.

—Gente nueva—se dijo Marta;—tal vez amen y sufran; quiera Dios que no vean, como yo, disiparse como la bruma sus sueños de felicidad.

Al trote corto del caballo pasó por delante de la casa, dirigió una mirada al jardín desde donde había estado esperando á Miguel, y unas cuantas lágrimas humedecieron sus mejillas.

—A casa de la señora Averief—le dijo al cochero.

La señora Averief no estaba sola; su casa se encontraba llena de parientes y amigos. Marta tuvo la paciencia de esperar una hora, pero viendo que la gente que se iba era reemplazada por otra nueva, se acercó á la señora Averief para despedirse, y le dijo en voz baja:

—¿Qué debo hacer con Paulina?

—Conservarla, aunque te disguste—respondió la señora Averief en un tono que demostraba haber estudiado el asunto detenidamente.

—Sea—dijo Marta suspirando.

—No olvides venir mañana á la noche á tomar té con nosotros—le dijo la señora Averief besán-

dola.—Reuno á toda la familia en casa de los recién desposados.

¡Toda la familia! Marta iba á ver á Miguel. Y no poder decirle: lo sé todo, os amo. ¡Que suplicio el de no depender de sí misma, el de llevar el nombre de otro, el de tener que hacerlo respetar, el de no poder obrar ó hablar sin atraer sobre su marido las mofas del mundo y sobre ella la deshonra!

¡Si ella hubiese esperado un poco, á lo menos! Si hubiera sido menos orgullosa, si hubiera tenido en Miguel bastante confianza para darle tiempo á regresar y á que se explicara!

Pero, ¿y su orgullo?—Yo no me arrepiento nunca—le había dicho á Sofía... Entonces era verdad, pero y ahora?

Ahora, su orgullo deshecho se desplomaba á sus pies y hubiera querido hacer de él un pedestal para decirle á Miguel desde encima:—Si os acusé, perdonadme.

Pero aquí se interponía el príncipe á quien había jurado guardar fidelidad.

Y, prisionera de estos dos guardianes que la echaban del paraíso, Marta, vencida, quebrantada, doblaba las rodillas y pedía perdón á Dios por haber dudado de su bondad y por haber juzgado culpable á un inocente. En eso consistía su falta... ¡Pero qué castigo! Se decidió, sin embargo, á hablar á Miguel; no podía vivir bajo la idea de que este hombre la considerase como una coqueta sin corazón ni cabeza.—Que sepa que lo he querido, se dijo. Que sepa, ahora, que al herirlo me he herido á mí misma, y que mi llaga sangrará toda la vida.

Marta no quiso ir más allá en sus pensamientos. Entre la princesa Oghérof y Miguel Averief no podía haber otra cosa; pero la princesa no cometía ninguna falta confesando á Miguel la equi-

vocación de Marta Milaguine y solicitando un perdón. Fija en esta idea, empezó á ocuparse en buscar el medio de su ejecución.

Cuando vió á Paulina, le costó mucho trabajo contener su indignación, pero la presencia de su marido la distrajo.

—¿Has salido hoy?—le preguntó Oghérof.

—Sí, he ido á las Islas. Es un paseo muy bonito en invierno.

—Algo monótono—añadió el príncipe—pero muy bonito en efecto y á propósito para adiestrar potros; la dificultad de trotar en la nieve modera sus ímpetus. ¿Has visto á tu hermana Nastia?

—No, pero estamos invitados para mañana por la noche en su casa.

—¿Algún banquete?

—No, reunión de familia.

El príncipe se mordió el bigote durante medio minuto, reflexionó un poco, y como si hubiera encontrado una salvación á sus propósitos, dijo:

—Yo te llevaré y luego iré á recogerte. Tengo una cita mañana por la noche y es cuestión de negocio...

—Muy bien—dijo Marta con cierta prontitud;—no te inquietes por eso.

Paulina dirigió una mirada escrutadora á la princesa, y después miró su plato; de un momento á otro esperaba una alusión ó una burla que según pensaba no podía faltar, pero con gran sorpresa suya se deslizó la comida sin el menor incidente. El príncipe se marchó, como de costumbre, y las dos mujeres se quedaron solas, hablando de cosas indiferentes.

Paulina hubiera dado cualquier cosa para que terminara pronto esta conversación vanal que Marta parecía complacerse en alargar. ¿Qué serie de encontrados sentimientos luchaban en lo

que Paulina llamaba su corazón! El temor, la rabia, el deseo de haber terminado con una catástrofe inevitable, la angustia del porvenir... En este momento recordó Paulina el regalo que le hizo Nastia de seis mil rublos y, sin agradecerle, empezó á formar planes de venganza para el momento en que fuera despedida. Marta se levantó de su asiento cerrando el libro que había cogido momentos antes, y dijo:

—Buenas noches, Paulina.

—Buenas noches, princesa, contestó esta que estaba sumida en sus proyectos. ¿He de ir mañana á casa de la señora Averief?

—Como usted quiera, respondió friamente la princesa; no me han dicho nada de particular por lo que á usted concierne; y se dirigió á su alcoba.

Paulina se llevó la mano á la cara como si hubiera recibido una bofetada.

—Aquí hay algo, se dijo para consolarse. La princesa está muy tranquila y oculta su juego; pero no sabe que soy más lista que ella y que he de descubrirlo.

XXV

La vivienda de los recién casados estaba espléndidamente iluminada. Profusión de flores adornaban las ventanas, las rinconeras y todos los sitios en donde pudo ponerse un bouquet ó una maceta. Las flamantes tapicerías y los muebles nuevos daban un magnífico aspecto á los sa-

lones, iguales en un todo á los del piso principal habitado por la señora Averief.

El señor Milaguine estaba encantado; contemplaba á sus dos hijas, vestidas de blanco y espléndidas de hermosura, del brazo de dos jóvenes oficiales del ejército, que eran sus esposos, y su corazón de padre se ensanchaba ante este espectáculo.

—¡Pero qué bonita eres! le decía á Marta. Pareces, tan joven como tu hermana.

Marta, en efecto, estaba transfigurada. La palidez nacarada de su semblante y el color rosa de sus mejillas, habían reemplazado al cerco violáceo de sus ojos, desterrando toda sombra de inquietud. Todo su ser vibraba de juventud y de vida; reía con los otros, iba y venía y estaba animada, tranquila y contenta. De vez en cuando besaba á su hermana con una efusión tal, que Nastia quedaba sorprendida.

—¡Qué buena eres! le decía ésta. ¡Cómo se conoce que estás curada! vuelves á ser lo que eras antes!

Al oír estas palabras, una ligera sombra empañaba la vista de la princesa, que después sonreía y apretaba la mano de su hermana.

—¿Quieres darme un gusto? le dijo Nastia en la oreja; es un favor que te voy á pedir. Mira á Miguel que entra con su hermano Pablo; ves á darle la mano; me harás muy feliz.

Sin contestar una palabra, se retiró Marta á un lado para dejar que los hermanos Averief saludasen á Nastia y después, con voz clara, dijo á Miguel tendiéndole la mano.

—Miguel, hénos aquí parientes por afinidad. Podemos felicitarlos.

Miguel se apresuró á coger la mano de la princesa, la llevó ceremoniosamente á sus labios y se quedó contemplando á Marta. Esta tendió la otra mano á Pablo diciéndole.

—¿Por que no ha traído usted á su angel?

Pablo contestó algunas palabras y después, iluminado por una claridad súbita, miró á su hermano, mudo de extrañeza, y su alma se estremeció de compasión y de remordimientos. Había adivinado el drama de estos dos seres. Alejóse de allí, dejando á Miguel con la princesa en medio del salón.

Marta se sentó en una butaca; temblaba hasta el punto de no poderse sostenerse; Miguel permaneció en pié delante de ella.

—Es usted un buen hermano, le dijo Marta en voz baja.

Su mirada concluyó de expresar el pensamiento, y Miguel sintió que un rayo de alegría inundaba su ser. Por fin llegaba el día de la rehabilitación!

—Hace mucho tiempo que no hemos tenido el gusto de hablar, continuó diciendo la princesa.

Segura de sí misma y poseída de su austera virtud, no se recataba de nadie para expresar á Miguel lo que sentía.

—Y ha sido por mi culpa, añadió; estoy convencida, pero quiere usted que olvidemos esta falta?

—Oh! princesa, le dijo Miguel en voz baja, no puede usted suponer el gran favor que me está haciendo; lamentaba mucho el ver que pesara sobre mí su inmerecida cólera...

Marta inclinó la cabeza. Aquella voz que no había vuelto á escuchar desde el día de su separación evocaba en su memoria los recuerdos del pasado.

Levantó la vista y dirigió á Miguel una mirada de súplica.

—Paulina os espía, le dijo éste sin alzar la voz; desconfíe usted de ella, pues la aborrece.

En efecto, la institutriz, colocada en el dintel de una puerta, estaba en observación.

Marta respondió con una inclinación de cabeza, dejó su asiento y se dirigió hacia donde estaba la señora Averief.

Esta señora ocupaba el centro de un grupo por el cual iban y venían los recién casados cumpliendo con sus deberes de anfitriones, con un buen humor comparable sólo á su inexperiencia. Burlándose de sus propios descuidos, encontraban á cada momento un medio para evadirse y desaparecer.

—Se van á un rincón para besarse, decía riendo la señora Averief.

—¡Veamos, Sergio, ya ha llegado el momento! dijo el príncipe á su cuñado sujetándolo por un brazo; no queremos que te burles por más tiempo de la familia, vas á decirnos en donde habéis pasado estos quince días de luna de miel.

—¡Jamás! gritó Nastia, que estaba cerca.

—¡Si, si; que lo digal dijeron todos. Es necesario que se confiesen ante el consejo de familia. Daros la mano y hacer el propósito de revelar el secreto.

Sergio, obediente, tomó la mano de su mujer.

—¿Lo decimos? le preguntó.

—Dilo tú; de todos modos ya no nos importa guardar reserva.

—Pues bien, dignos y respetables parientes y amigos; el día de nuestro casamiento, me llevé á mi esposa, aquí presente, y la conduje...

Sergio se detuvo para dirigir una mirada á la concurrencia que estaba suspensa de sus palabras.

—¡A las Islas! al propio hotel de mi suegro, en donde hemos comido en su mismo comedor y hemos dormido en su misma alcoba!

Una carcajada general acogió esta declaración. A nadie se le había ocurrido pensar en cosa semejante.

—¿Y habéis estado allí encerrados quince días sin salir? dijo Sofía Leakhuie ¡miren los enamorados!

—Perdóname, prima, pero hemos salido todos los días.

—¿Y á dónde habéis ido, pues? ¿con los lobos?

—¡No, no! íbamos á nuestro jardín, en donde florece el naranjo y en donde las camelias...

—Y allí pasábamos la mitad del día, añadió Nastia.

—¿Y donde está eso? preguntaron todos.

—En los invernaderos del Jardín Botánico, señores, dijo Sergio, saludando á los concurrentes y dejando que Nastia se inclinara para hacer una graciosa reverencia.

Pareció á todo el mundo la idea tan nueva y original que empezaron á aplaudir. Este tesoro único estaba al alcance de todo el mundo.

En el momento en que Miguel se despedía de Marta esta le dijo en voz baja.

—Os espero mañana á las diez en el Jardín Botánico. Tengo muchas cosas que deciros.

Miguel saludó profundamente y salió sin mirar á la princesa, pero no sin que Paulina se hubiera fijado en la mirada de Marta y en el súbito rubor del joven oficial.

—Ya los tengo, se dijo, no se me escaparán esta vez.

XXVI

Amaneció sin una nube en el horizonte. Marta se levantó temprano, ordenó al cochero que enganchase un trinco ligero y á las nueve y

media salió de su casa dejando al príncipe, que se había recogido muy tarde, sumido en un profundo sueño.

No creyéndose culpable, no tenía miedo de ser sorprendida, y al recorrer las calles al trote largo de su caballo, miraba tranquilamente á su alrededor dispuesta á saludar al primer conocido que encontrase.

Hacía un frío glacial; una especie de vapor medio congelado rodeaba á modo de nubecilla blanca las narices del caballo; las aceras recién barridas y salpicadas de arena fina, dibujaban dos líneas amarillas á lo largo de las calles; la escarcha, deslumbrante bajo los rayos de un sol de invierno, revestía de lentejuelas los techos de las casas y los salientes de los edificios, y el humo, que se escapaba de las chimeneas en grandes copos negros, se iba disipando en caprichosas nubes, á impulsos del viento, desgarrándose en girones violáceos.

Marta contemplaba este espectáculo y gozaba de la vida con intensidad. Sobre su pecho había gravitado por espacio de veinte meses, un peso enorme, y al verse libre de este fardo que le oprimía el alma, respiraba á su gusto, ensanchando los pulmones. El camino se le hizo largo; atravesó el Neva y le pareció que era una extensión inmensa, infinita, un océano de hielo, detrás del cual la verdad y el honor la esperaban en la orilla.

Al llegar á la puerta del Jardín Botánico se detuvo un momento. Aquella enorme masa brillaba al sol como un diamante gigantesco; no se veía ni un árbol, ni una rama en la cual la escarcha no dibujase sobre un cielo azul la silueta de sus contornos.

Hubiérase dicho que era una inmensa roca de coral blanco, puesta allí por milagro.